

## UN PARÉNTESIS EN LAS MEDITACIONES SOBRE LA POESÍA DOMINICANA DE LOS AÑOS OCHENTA

José Mármol

*"Según sea el punto de vista, el lenguaje  
puede aparecer como una de las instituciones  
más rígidas o más maleables". Max Black  
(El laberinto del lenguaje).*

Me parece útil empezar haciendo el señalamiento de que, si bien es cierto que en esta senda del meditar he ido pisando, sobre todo, el suelo de lo poético, de la poesía, no lo es menos, que por poesía entiendo no sólo lo que se circunscribe a los alcances del verso, de la línea del poema o su conjunto, sino además, todo hecho lingüístico en cuyo proceso de concreción haya, de algún modo, primado la intención poética, creativa, lúdica. En una palabra, literaria. Después de todo, no existe manera válida de demarcación hoy en día, de lo que es verso y lo que no lo es. Literatura hoy -y siempre, en última instancia- no es otra cosa que hecho de lenguaje, texto o *discurso*. Hablo, pues, de lo poético y no precisamente de poetas, y este hecho abre la permeabilidad a todas las otras formas de escritura, a las otras formaciones (cuento, novela, ensayo...).

Lo poético, lo escritural es de por sí *intempestivo*. Esto no quiere decir que esté ni por encima, ni por debajo, ni mucho menos al margen de la historicidad del vivir humano. Antes al contrario, en la medida en que la escritura es concreción lingüística, factualización gráfica del habla, *discurso*, en fin, hay en ella el rasgo más específico de lo que precisamente funda la historia y la sociedad, eso es, el lenguaje, o lo que en este caso es igual decir, la lengua. Intempestivo

quiere decir aquí, que aunque se enraiza en lo histórico, al trascenderlo, al superarlo, al transformarlo, se vuelve no-histórico. Es decir, que no se queda en lo determinístico del valor histórico. Y es esto lo que más allá de las especificidades de la historicidad, según los matices económicos, socio-culturales, políticos, etc., hace tan actuales las escrituras de, por ejemplo, Homero, Teognis, Dante, Cervantes, Víctor Hugo, Sade, entre otros de otras épocas. Y uno mismo, como Marx en el año de 1857, no cesa de preguntarse e incluso de responderse, ¿qué carajo será lo que coloca por encima de las circunstancias epocales la voz y el sentido de los llamados clásicos?. Y claro que sobran las explicaciones a título de respuestas, desde diversas especialidades disciplinarias. Sin embargo, muy a pesar de lo intempestivo del acto y el hecho escriturales, los momentos históricos hacen resaltar ciertos y particulares problemas suyos. Sea este pues, el acorde distintivo de este paréntesis, en el que meditar y vivir son inseparables.

Mucho me preocupa la "resistencia" que amplios sectores de la juventud que crea con la palabra escrita están ofreciendo a la necesidad de enfocar, enjundiosa y críticamente, lo que me parece habría de ser su problema a la vez más inmediato y mediato; el lenguaje, la lengua. Se trata, a mi pensar, de un postergamiento como reflejo de una actitud de "mala consciencia", de "resentimiento" -para utilizar dos nociones de Federico Nietzsche-. Es más, esa pseudo-resistencia, llega, inclusive, hasta ciertos intelectuales criollos de una ya muy lejana juventud. De modo que tal vicio no depara en edades. Esa forma de resistencia se traduce, a ojos vistas, en un facilismo, en un conformismo, cuando no, en una vanagloria y autosuficiencia más que ridículas, infelices y pobres. Pasa con éstos, como con los personajes del ciego y el tullido en el pasaje orteguiano de "En torno a Galileo", en el que ambos se saludan más o menos con estas palabras: ¿y usted cómo anda, señor?, y el tullido le responde, ¡ya usted ve!

Cuando he insistido -y voy a enunciar en primera persona del singular, porque no quiero entrar en complicidad con la hipocresía- en la importancia de que el escritor estudie, conozca y domine conscientemente su lengua, su instrumento de trabajo, su forma de ser y de estar en el mundo, no he querido jamás decir, que para tal asunto haya que realizar planteamientos de la ciencia lingüística. No se dice con lo que insistentemente he planteado, que haya que ser lingüista para ser escritor. En absoluto. He dicho, -y subrayo aquí que, tal y como frecuentemente sucede, entre lo que digo y lo que dicen que he dicho, hay un abismal trecho-, he dicho, reitero, que lo único humano inherente a la escritura es el lenguaje; que lo intraliterario se sitúa al nivel de la lengua, sea oral o escrita, y que todo lo demás, es accesorio, extraliterario, en la medida en que es extralingüístico. Eso sí. Que lo ético, lo biográfico, lo político, lo comunicacional, no son dentro de la obra otra cosa que efectos de lenguaje. Y es que el lenguaje es el que se desdobra y recompone en fenómenos éticos, políticos, morales, biográfico, etc. ¿Quiero, acaso, decir con esto que todo el complejo mundo de lo poético, sea oral o escrito, que todo el articular poético mediante la palabra o el signo puede despacharse con un arrogante *inmanentismo* lingüístico? No y sí. *No*, porque lenguajes hay muchos en la rica jerarquía biológica y en este caso importa, fundamentalmente, el lenguaje articulado del ser humano: la lengua. Aquello que en su momento Heidegger llamó "morada del ser", el habla. Y tal y como expresara E. Benveniste, "única" es la condición del hombre en el lenguaje, en la *enunciación*. *Sí*, porque después de todo, lo poético surge del efecto de funcionamientos sígnicos, lo poético es por naturaleza simbólico como todo lo cultural, y el sistema simbólico mayor en el mundo de la lengua. La naturaleza simbólica de la lengua, su carácter sistémico y su facultad significante la hacen entidad fundante de la sociedad y de la historia, y consecuentemente, del sujeto y del poema, del ser y de la obra.

Sólo en el lenguaje se posibilita la *subjetividad*. Es decir, que lo que



nos pone en nosotros mismos y ante los demás (relación ego-tú), es precisamente, el accionar discursivo, el hecho de enunciar, el acto lingüístico. Y me parece que es en el manejo poético del lenguaje, como el caso de la obra literaria, donde la subjetividad se sublimiza. Aquí subjetividad no quiere decir narcisismo o egolatría, algo muy barato en el parnaso criollo. Antes bien, quiere decir reconocimiento del hablante en su habla, quiere decir más o menos, consciencia discursiva. Y este sí es el punto vertebral de nuestras discusiones. Y es que esa consciencia debe empezar por reconocer el carácter estrictamente simbólico de la lengua, de todo lenguaje, y en consecuencia, reconocer también que es ahí, en ese ámbito de lo simbólico, donde se instalan las propiedades de la obra literaria. Porque poetizar, implica ir más allá de comunicar, de eticizar, de biografiar, de politizar... Porque poetizar significa crear un mundo a partir, pero distinto, del mundo real concreto. Porque crear con la palabra implica, re-crear, es decir, volver a hacer no *el* mundo, sino *un* mundo. Y es que, al decir de E. Benveniste, "el lenguaje se realiza siempre en una *lengua*, en una estructura lingüística definida y particular, inseparable de una sociedad definida y particular. Lengua y sociedad no se conciben una sin la otra. Una y otra son *dadas*" (*Problemas de lingüística general*, vol. I, Ed. Siglo XXI, p. 31). Es por esta razón que perseveramos en la necesidad de que se borre, por rechazo de la gratuidad, la aspiración teleológica dentro de las perspectivas de la creación poética. Una obra literaria no puede reducirse a algún "para"; ni siquiera al "para" de la comunicación, por cuanto, y me apoyo de nuevo en Benveniste "mucho antes de servir para comunicar, el lenguaje sirve para *vivir*. Si sostenemos que en ausencia del lenguaje no habría ni posibilidad de sociedad ni posibilidad de humanidad es, por cierto, porque lo propio del lenguaje es ante todo significar" (*op. cit.*, vol. II, p. 219). Y es que la razón de ser o de no-ser de la obra poética está en función de su poder de evocación simbólica, en su capacidad de *significancia*. Y otra cosa importante, lo *semiótico* en la obra viene dado por el carácter sistémico de la lengua, mientras que lo *semántico* y a este último me



dirijo con mayor interés, se sitúa en el marco del uso *individual*, particular-subjetivo de la lengua. Lo poético es, por su misma significancia, semántico por excelencia. Es esto lo que quiero destacar cuando hablo de subjetividad en el poetizar. El acto de consciencia que reclamo en el escritor, es, antes que cualquier otro, el de reconocerse como enunciante, como usuario *individual* de su lengua, y esto, como es de suponerse, inseparable de la estrategia simbólica en su uso lingüístico. Es en esta última cuestión donde se efectúa la oposición entre univocidad y multivocidad o polisemia del lenguaje, correspondiendo lo primero a los usos no poéticos y lo segundo, precisamente a éstos.

Dentro del marco de la simbolización y significancia del lenguaje, no quisiera pasar por alto el problema de la relación entre aquéllas y lo que corrientemente entendemos por realidad, nuestra naturaleza exterior. Empezaré retomando otra idea de E. Benveniste -y debo anotar aquí, que reconozco lo fastidioso que resulta para muchos que recurra a los lingüistas para hablar de poesía, y peor aún, aunque como dijo César Vallejo, "no me corro", es el hecho de que el mismo Benveniste rechazaría la unificación de enfoques para los lenguajes ordinarios, que es según él su objeto, y poético, que tiene, aduce, sus propias leyes específicas (ver *op. cit.*, vol. II, p. 218)-. La idea es, pues, la siguiente: "La lengua *re-produce* la realidad. Esto hay que entenderlo de la manera más literal: la realidad es producida de nuevo por mediación del lenguaje. El que habla hace renacer por su discurso el acontecimiento y su experiencia del acontecimiento. El que oye capta primero el discurso y a través de este discurso el acontecimiento reproducido. Así la situación inherente al ejercicio del lenguaje, que es la del intercambio y del diálogo, confiere al acto del discurso una función doble: para el locutor, representa la realidad; para el oyente, recrea esta realidad. Esto hace del lenguaje el instrumento mismo de la comunicación intersubjetiva" (*op. cit.*, vol. I, p. 26). Este es el contexto de una situación *dialógica*. Y este y no otro, es el contexto mismo de la obra literaria. Se trata de un diálogo que empieza por el



desdoblamiento dialógico de quien escribe (o habla), puesto que a seguidas se transforma en autor-lector, y termina por otra forma de desdoblamiento, la del lector-autor, puesto que cuando éste oye, da significancia individual a la red simbólica que percibe, al punto de re-crearla. A esto se debe que antes que representación, toda empresa literaria debe procurar instaurarse como significación. Y es que, entendamos de una vez por todas, nada puede *figurar* dentro del poema o del relato o de lo que sea, sin antes y para siempre haber sido signo, *palabra*; es decir, naturaleza simbólica. Esta naturaleza no se permuta por ninguna otra, mucho menos por la empírica. Luego, la realidad de la obra poética, es *una y única* en el lenguaje, en la lengua que la realiza. Esa unicidad y exclusividad de la realidad poética es, y con esto cierro la idea, responsabilidad de la individualidad creadora, del usuario de la lengua.

Otro aspecto más o menos epocal, más o menos finisecular, que me preocupa en el marco de nuestra literatura, es el que se relaciona con la idea de cambio, de *revolución*. En nuestro medio cultural, y a través de nuestra historia republicana, aunque nunca independiente, hemos sido muy proclives a tildar de revolucionarios ciertos actos que, a todas luces, no han provocado revoluciones, transformaciones, cambios sustanciales. La literatura, por supuesto, no ha estado al margen de tales exageraciones. Antes al contrario, muy a merced de ellas. Del mismo modo en que épocas completas de nuestra historia civil estuvieron plagadas de caudillos -y todavía persisten rasgos de aquello-, también tramos considerables de nuestra historia literaria han tenido los suyos. Y esta última es una historia mucho más reciente. ¿Cómo, pues, desenredar esta complicada madeja? ¿Qué, cómo y cuándo hay revolución en literatura? ¿Qué es lo que revoluciona y cómo? ¿Cuándo es pertinente hablar de revoluciones literarias? ¿Puede haber revolución acuñable en lo que revoluciona constantemente? ¿O es una realidad el estancamiento o estatismo literario, poético?.

Para responder esos interrogantes, hay que ir descendiendo peldaños en orden de importancia, hasta llegar al fondo del asunto. Lo primero es entender, y aquí sí que no hay espacio para endeble congnoscentes, que el lenguaje es facultad elevadísima y humana de *simbolización*, y que la obra literaria, el acto poético constituyente, precisamente, la concreción, la realización material de aquella facultad, sólo posible, y esto hay que subrayarlo, por la lengua. *Literatura es, entonces, lengua*. A este hecho se debe que la relación forma-sentido, fundamental en la lengua, pase a ser correlato fundamental en la literatura. Este eje forma-sentido, constituye, sin duda al menos para mí, un muy particular dispositivo de revolución poética.

El problema de la relación forma-sentido nos coloca de nuevo ante la relación semiótica-semántica; es decir, ante los ejes de la funcionalidad sistémica y el uso individual-social de la lengua. "En primera aproximación -escribe Benveniste-, el sentido es la noción implicada por el término mismo de lengua como conjunto de procedimientos de comunicación idénticamente comprendidos por un conjunto de locutores; y la forma es, desde el punto de vista lingüístico /que me parece pertinente en lo específicamente literario, j.m./ (que debe distinguirse bien del punto de vista de los lógicos), ya la materia de los elementos lingüísticos cuando es apartado el sentido, ya la disposición formal de dichos elementos en el nivel lingüístico correspondiente. Oponer la forma al sentido es una convención trivial y cuyos términos mismos parecen gastados; pero si procuramos reinterpretar esta oposición en el funcionamiento de la lengua, integrándosela y esclareciéndola por ahí, recupera toda su fuerza y su necesidad; vemos entonces que encierra en su antítesis el ser mismo del lenguaje, pues he aquí que de golpe nos pone en el corazón del problema más importante, el de la significación. Antes que nada, el lenguaje significa, tal es su carácter primordial, su vocación original que trasciende y explica todas las funciones que garantiza el medio



humano" (*op. cit.*, vol. II, ps. 218-219). He aquí, pues, una manera distinta y por qué no, más transparente de plantear el asunto de la relación forma-sentido que tantas páginas ha exigido a la reflexión literaria. No obstante, hay que remarcar el hecho de que la estrategia discursiva de Benveniste se perfila en la dirección de establecer la diferencia de dominios, así como el rebasamiento de la semántica o teoría de la enunciación, frente a la semiótica o teoría del signo. Esto así, para destacar a su vez, cómo con respecto al primer campo (la semántica), la cuestión se centra en lo tocante a la significación, al uso, a la actualización de la lengua por parte del sujeto hablante (o escritor), mientras que en lo tocante al segundo campo (la semiótica), la cuestión queda centrada en las propiedades abstractas del sistema de la lengua. Se pasa, en consecuencia, de la unidad semiótica o *signo* a la unidad semántica o *palabra* (*Ibid.*, p. 227). ¿Qué es, digámoslo así, la obra literaria? ¿Acaso algo más que precisamente palabras? Y lo más importante aquí, ahora, que el poder significante de la palabra trasciende, supera la *función referencial* del aparato semiótico; por tanto, es uno y otro el mundo que surge de la red de palabras que tejen lo poético. Azótenme, si se les ocurre, con el mote de esópico, o con el otro no menos digno y gratificante de sofista, pero, a mi modesto pensar, el mundo no es más que un lenguaje, un espacio significante, y nada más entroncado con lo poético que el lenguaje mismo. Azótenme, pero me consuela la intención de sacudirlos de esa vieja *somnolencia dogmática* -así, como en su tiempo Kant-

A fines de los años sesenta, Octavio Paz reflexionaba sobre esta problemática. Uno de los artículos de *Corriente alterna* (Ed. Siglo XXI, 12<sup>a</sup>., 1979), titulado "¿Qué nombra la poesía?", asunto más o menos dilucidado en su obra anterior *El arco y la lira* (Fondo de Cultura Económica, 1956), salta al proscenio. En él se plantea que la poesía *moderna* es inseparable de la *crítica del lenguaje*, crítica que es, a su vez, *la forma más radical y virulenta de la crítica de la realidad*. Afirma, además, que el poema "no tiene objeto o referencia exterior; la referencia de una palabra es otra palabra" (*op. cit.*, p. 5).



Es, a su modo, la poesía moderna, destrucción y creación de la realidad. Es así como, uniendo las perspectivas lingüística y poética, me atrevo a afirmar que el trabajo poético es *realidad* lingüística y *deseo* perpetuo de destrucción y creación. Cumplido esto, entonces, es factible hablar de revolución literaria a partir de la relación axial forma-sentido. Porque, a tenor con Benveniste, forma y sentido "deben definirse uno por otro y deben juntos articularse en toda la extensión de la lengua" (*op. cit.*, vol. I, p. 125).

No quisiera liquidar el sustrato de lo antes referido, sin antes aludir la opinión de otro lingüista respecto de la cuestión de la revolución o innovación poética. Se trata de Eugenio Coseriu. Este considera, y yo estoy plenamente conforme, que la mayoría de las *innovaciones poéticas* "son casi siempre violaciones o ampliaciones de la *norma*, permitidas por el *sistema*" (*Teoría del lenguaje y lingüística general, Cinco Estudios*, Ed. Gredos, 3ª. ed., ps. 62 y ss.). Esto quiere decir, que es en la concreción lingüística de orden poético. No en lo externo a la obra, sino en su pertinencia lingüística.

Aunque el señalamiento recién pasado parezca radicalmente lingüístico, para algunos extraliterario, me pregunto, no me canso de preguntarme si habrá sido en vano todo lo aportado, en aras de enriquecer la literatura con la lingüística y viceversa, por investigadores como los pertenecientes a los Círculos Lingüísticos de Praga, Moscú, Copenhague..., por hombres como Tinianov, Bajtín, Eichenbaum, Tomashevski, Jakobson, Prop, O. Brik, Ducrot, Todorov, Kristeva, Barthes, Vossler, Bally, etc. y me respondo, ¿saben qué? ¡No, no fue en vano, no!, como dice la canción. El enfoque lingüístico de la literatura, que se debe en gran medida a los teóricos del "formalismo ruso", ha superado, al menos desde mi punto de mira, los enfoques sociológico y estético-filosófico. Sobre todo, rebasó con creces, pese a la concomitancia, el reduccionismo de la sociología de la literatura.

Finalmente, sería injusto que concluyera este paréntesis sin evocar uno de mis fantasmas predilectos: un filósofo -que es también poeta, novelista, ensayista... bueno como habría que ser-. Me refiero a don Miguel de Unamuno. A inicios del presente siglo este singular pensador hispanohablante expresó: "Revolucionar la lengua es la más honda revolución que puede hacerse; sin ella, la revolución en las ideas no es más que aparente. No cabe en punto al lenguaje, vino nuevo en odres viejos" (*La reforma del castellano*, 1901). Quizá sea ciertamente ésta, una de las mil cosas en las que, según Blaise Pascal, se hace patente el corolario de que tiene el corazón razones que la razón no conoce. Así de fatua, como es en verdad -si hay verdad- la razón tanto en literatura como en ciencia.

Enhorabuena, pues, *César Vallejo*, el lingüista, el poeta, el revolucionario en la lengua y en las ideas, en el pensamiento y en la carne, en el pasado y en el porvenir, el desvertebrador poético de la gramática, de la *norma* prescriptivista, el por eso mismo azotado y desvertebrado. Te evoco y saludo, a los cincuenta años de haber dejado al viento tu último suspiro, a los sesentiséis de haber innovado, desde la estrechez espacial y humana de una celda del Perú, las aristas poéticas de la lengua española.

Enhorabuena, pues, poeta y revolucionario, y lo uno por lo otro en la fusión más íntima del pensar y el poetizar, del revolucionar y del vivir, del destruir para poder crear, inventar, innovar... ser.